



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-06-2024

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mateo 11,28-30).

Todos estamos un poco cansados y preocupados (por enfermedades, por peligros, por conflictos, por guerras). Estamos ansiosos por aumentar nuestros conocimientos, pero estamos poco dispuestos a aumentar nuestra capacidad de amar. Nos preocupamos mucho por el "cociente intelectual", pero poco por el "cociente del corazón". Lamentablemente, el aumento de la inteligencia y de las posibilidades cognitivas del hombre no van de la mano con el aumento de su capacidad de amar. Esto último, de hecho, parece importar poco o nada. En cambio, deberíamos saber que la felicidad o la infelicidad no depende tanto (o sólo) de saber o no saber, sino de amar o de no amar, de ser amado o de no ser amado. Sin embargo, estamos creados "a imagen de Dios", y Dios (como nos recuerda el evangelista Juan) "es amor".

En este mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, la liturgia de la Iglesia conmemora el amor de Dios misericordioso, aquél por el cual el Hijo de Dios se encarnó, ofreciendo su existencia "por nuestra salvación", hasta la muerte en la Cruz.

"Venid a mí. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." Es la invitación que Jesús nos dirige a cada uno de nosotros, casi queriendo resaltar el rasgo distintivo de su amor: "la mansedumbre y la humildad". Éstas son sus "armas" para conquistar el corazón del hombre y hacerle partícipe de su amor, de su paz, de su alegría, de la vida eterna.

El de Jesús no es un amor cualquiera, contenido dentro de límites definidos o definibles. Al contrario, es el amor del Hombre-Dios: un amor absoluto e infinito, total y sin reservas; gratuito, como debe ser el amor verdadero. Es el amor que siempre perdona; el que mantiene viva en nosotros la certeza de saber "en quién hemos puesto nuestra esperanza"; el que nos lleva a afrontar con fuerza y valentía los desafíos que nos presenta la vida. Es un amor que siempre nos espera, que nos acoge, que quiere darnos refrigerio. Es un amor afable, no autoritario, ni violento o agresivo. Es un amor humilde, no arrogante ni opresivo.

Aprendamos de él a amar, a perdonar, a ser mansos y humildes.

Digámosle: "Jesús, manso y humilde de corazón, haz nuestro corazón semejante al tuyo".

Para Magdalena Aulina el corazón de Jesús es un refugio seguro, es consuelo en horas de tribulación, es un arca de paz, ¡es una fuente inagotable de amor!

Magdalena, discípula de la escuela del Divino Maestro, aprendió la mansedumbre y la humildad para afrontar las adversidades y las incomprensiones, sin desanimarse, sin perder la esperanza, sintiéndose segura en el dulce refugio del Corazón de Jesús.

Ella solía repetir que Jesús nunca nos abandona, pero quiere que acudamos a él y le pidamos ayuda.

Durante las vacaciones de verano, encomendémonos al Sagrado Corazón de Jesús. Él nos acoge a cada uno con nuestras heridas y nuestros pecados. Su amor está siempre dispuesto a perdonarnos y cuidarnos.

Encomendémosle todas nuestras necesidades, desilusiones, cansancios, preocupaciones.

Confiémosle el destino de nuestro mundo en guerra, amenazado por las armas nucleares.

Les deseamos a todos un descanso tranquilo y saludable, "a la sombra de la encina".

